

RESEÑA BIBLIOGRAFICA

HISTORIA, N° 30, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1997.

Leonardo Mazzei de Grazia

Este número de la revista *Historia* conforma un volumen de 640 páginas, en las que se incluyen 11 estudios, reseñas, el fichero bibliográfico de consulta obligada para quienes quieren estar informados de la producción historiográfica, y un completo índice de los números 1 a 29 de la revista elaborado por Carmen Quintana.

Como es tradicional en esta publicación, los estudios son presentados siguiendo el orden alfabético de los apellidos de los autores. En este análisis se ha tratado de agruparlos por proximidad temática, empezando por los referidos a la etnohistoria.

Horacio Zapater, "Huincas y mapuches (1550-1662)"

El estudio que presenta Zapater, uno de los etnohistoriadores más destacados, está enmarcado en el período que se ha reconocido como el de mayor intensidad bélica en el largo trayecto de las relaciones fronterizas hispano-mapuches. Al introducirnos en el tema subraya la paradójica situación que se dio en el proceso de Conquista, en cuanto a que ésta se vio facilitada por la estructura imperialista en el caso de las altas culturas prehispanas. En cambio en áreas indígenas de organización socio-cultural más precaria, el afianzamiento del Conquistador resultó más difícil. Así la guerra con los chichimecas del norte de México, duró medio siglo; la lucha contra los calchaquíes se extendió por más de ochenta años y el dominio sobre los chiriguano del actual territorio boliviano demoró más de 300 años. De modo que hubo resistencias indígenas que se aproximaron o se asemejaron a la mapuche en su duración. La particularidad de esta última, en el concepto del autor, estuvo dada por la creación del ejército profesional y por cierta proyección internacional del conflicto, representada por las incursiones corsarias holandesas que lograron establecerse temporalmente en Chiloé y Valdivia; esa presencia corsaria hizo temer a las autoridades españolas que se verificaran alianzas con los mapuches, que habrían hecho más difícil la situación bélica en el sur.

¿Pero qué significó para los mapuches el encuentro con el Conquistador? ¿Qué sintieron? Conforme a su oficio el etnohistoriador nos lleva al testimonio de los cronistas. Dice Mariño de Lovera: "Quedáronse atónitos y embelesados mirándolos como a cosa prodigiosa y nueva en el mundo". El mismo concepto emplea Vivar: "Ellos que nunca habían visto gente a caballo quedaron atónitos". Es la categoría del asombro, que hace recordar la cita que de Pigafetta hizo García Márquez en su discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura, que describe la impresión de un indígena patagón que al ver su propia imagen en un espejo huye despavorido. Es el asombro, la estupefacción física. A ella sigue el padecimiento del cambio de sentido que se pretende imponer sobre las estructuras sociales originarias. El levo es aprovechado por el Conquistador para el repartimiento de las encomiendas de servicio personal. Ambas instituciones -destaca Zapater- resultaron

incompatibles. Por ello el alzamiento, la resistencia, significaban recuperar el antiguo estilo de vida. Entonces irrumpe la guerra y con ella la aculturación antagónica. El aprovechamiento del caballo es ampliamente conocido. Con el levantamiento de fines de siglo, en las ciudades destruidas y abandonadas se proveen de espadas, cuchillos, de hachas, que pasan a incrementar su acervo bélico, cayendo en desuso armas ancestrales como las flechas. Siguen asimismo tácticas empleadas por el invasor, como el arrasamiento de las sementeras. A la vez la guerra incidió en transformaciones sociales al interior de los mapuches. Así los guerreros, los "conas", representaban un status superior a aquellos encargados de los trabajos; "hombres labradores -dice un testimonio- que no tratan de ninguna manera de la guerra sino de labrar la tierra".

Pero la aculturación antagónica no significó el abandono de los atavismos espirituales. Persistió la magia, que resultaba determinante en la toma de decisiones y que a veces parecía incomprensible en el razonado juicio de los historiadores, al desaprovechar los mapuches circunstancias muy favorables para lograr victorias. Sin embargo los augurios de los hechiceros decían otra cosa. ¿Acaso ocasionales estrategias valían más que el respeto a las tradiciones?

La distancia cultural abonó el surgimiento de estereotipos, que pueden sintetizarse en el juicio de González de Nájera: "es gente indigna de llamarse racional, porque es ajena a toda virtud, supersticiosa, agorera, sin justicia..." y continuaba largamente la letanía descalificadora. El prejuicio también fue al revés, es decir la repulsa del mapuche al huinca. Este era extranjero, no era de la tierra; "no tenemos nosotros nada que ver con esa gente extraña; ellos son de otra raza", decía el cacique Pascual Coña en el siglo XIX. En los siglos XVII y XVIII los mapuches se denominaban a sí mismos *Hombres*, los otros por tanto no lo eran.

Un aspecto muy interesante en este aporte de Zapater es el tema de los cautivos y, sobre todo, de las cautivas de los indígenas que eran incorporados de inmediato a la sociedad mapuche. Las mujeres eran ocupadas, por ejemplo, en hacer harina de maíz en piedras de moler. "He visto algunas que han salido del cautiverio mancas por las mufecas de las manos..." testimonia el padre Ovalle. Con todo muchos cautivos y cautivas se resistían a ser liberados, porque como dice Zapater, el vínculo de la sangre estaba quebrado.

María Carolina Odone, "El valle de Chada: la construcción colonial de un espacio indígena de Chile Central"

En el campo de la etnohistoria se inscribe asimismo el artículo de María Carolina Odone. El propósito central de la investigación es el de analizar las desarticulaciones provocadas por la ocupación española en dicho valle y, como objetivo secundario, relacionar ese espacio indígena con la ocupación inca de la región, esforzándose en este último objetivo en establecer un diálogo entre la arqueología y la etnohistoria. En cuanto al motivo central, la autora parte de las concesiones de encomiendas, que desde los comienzos de la Conquista involucraron a parcialidades indígenas de la zona del Maipo. Por cierto estos repartimientos no incluían el traspaso de las tierras de los encomendados, sin embargo la encomienda proyectó un elemento de control sobre la propiedad indígena. Es la conexión fáctica, no de derecho, entre encomiendas y tierras que explicara Mario Góngora ejemplificándola en el valle del Puangue. La encomienda se transformó de hecho en un instrumento de colonización territorial. Como se sabe, las mercedes eran las que daban legitimidad a la ocupación de las

tierras. La concesión de encomiendas está explícitamente ilustrada en este artículo, con ejemplos significativos. No así en el caso de las concesiones de mercedes de tierras; ello se debe, según explica la autora, a que esta forma de propiedad, todavía en los comienzos del XVII no era exacta, reforzando esta apreciación con los planteamientos de Góngora en otra de sus obras: *Encomenderos y estancieros*. En todo caso, ya sea por la vía de las mercedes o por la de las ocupaciones de hecho, se fue "españolizando" ese valle indígena y mientras cobraba vigor el desarrollo ganadero, los habitantes originarios disminuían, a lo que contribuía el desplazamiento voluntario por parte de algunos y los traslados forzados a estancias vecinas. En síntesis, el trabajo de María Carolina Odone cumple con el propósito de demostrar a través de un caso concreto, la desarticulación del ecúmene indígena y, su contraparte, la construcción de un espacio agrario colonial.

Rafael Ramos Sosa: "La fiesta barroca en Ciudad de México y Lima"

El ámbito de lo festivo, la fiesta, nos dice el autor, se ha configurado como un sólido campo de investigación, postulando -en concordancia con su calidad de historiador del arte- que en esta temática las manifestaciones artísticas constituyen el aspecto más rico y atractivo. Y esta apreciación se evidencia en el trabajo a través de detalladas informaciones sobre los ornamentos arquitectónicos e iconográficos efectuados para eventuales celebraciones y que, en algunos casos, quedaron incorporados al paisaje urbano. De ahí que Ramos Sosa opte por el concepto de arquitectura festiva, puesto que no toda la arquitectura de la fiesta fue efímera.

Las fiestas que describe tienen como escenarios las capitales virreinales de México y del Perú. Incluyen recibimientos de los virreyes, jura de soberanos (el caso de la de Carlos IV en México en 1789), los nacimientos reales, las fiestas luctuosas realizadas con ocasión de fallecimientos de reyes y reinas y de dignatarios eclesiásticos; además para el caso de Lima se incorporan las fiestas religiosas, relacionadas con la glorificación de santos que estuvieron ligados al Perú. Tal fue el caso de la beatificación de Rosa de Santa María de Lima, la primera americana elevada a los altares. Las descripciones que leemos son propias de un avezado historiador del arte. Por lo mismo cobra mayor valor su conclusión relativa a que fue el arte festivo la expresión más identificatoria del barroco, "no hay nada más barroco que el arte festivo", afirma. Cobran también valor, más allá del campo específico de la historia del arte, algunas reflexiones que hace el autor sobre el sentido de lo festivo. "La fiesta -dice en una de ellas- es una afirmación del mundo, del ser, de la existencia. Si el hombre no consideraba el vivir como algo positivo, no habría fiesta en su sentido más genuino; ella es precisamente la vivencia de esa afirmación de la vida".

Ramón Gutiérrez, "La fiesta secular: tradición, obsecuencia y transgresión"

La festividad barroca es asimismo el tema elegido por Ramón Gutiérrez. Se trata en este caso de fiestas seculares en áreas marginales del imperio hispano. Corridas de toros en Buenos Aires, que si bien en el último cuarto del siglo XVIII fue erigida en capital virreinal, el autor se remonta a la primera fiesta de toros celebrada en la ciudad en los comienzos del siglo XVII, cuando sí era un área marginal. El escenario elegido para el evento fue la Plaza Mayor, que de este modo incorporaba a sus funciones, la de servir de espacio lúdico. Desde el comienzo las corridas fueron adquiriendo sus propias modalidades locales, así nos informa

Gutiérrez que se trataba en lo posible de evitar la muerte del animal y que insertas dentro de otras actividades lúdicas, daban ocasión a que los gauchos mostrasen sus destrezas campestres. No obstante su carácter secular la ligazón con lo religioso no dejaba de estar presente. De este modo algunos acontecimientos religiosos, como las fiestas patronales de San Martín de Tours y la de la Inmaculada Concepción, dieron ocasión a que se llevasen a cabo corridas de toros, que permitieron, en este último caso, recaudar fondos para las obras de las monjas capuchinas. La frecuencia de las corridas, hizo recordar a la autoridad episcopal una presunta prohibición emanada de la Santa Sede; pero la tradición que había alcanzado esta festividad en la sociedad bonaerense determinó que se impusiera la flexibilidad y pudieran continuar celebrándose aún con más ostentación en la etapa virreinal. Así estaban hermanadas la obsecuencia y la transgresión.

Otra festividad de que se ocupa el autor es la proclamación de fidelidad a Fernando VII en la localidad de Honda en Colombia, en que, a pesar de haber sufrido un devastador terremoto tres años antes, no se escatimó gastos en agasajos y en arquitecturas efímeras, en honor del amado soberano, que al poco tiempo se convertiría para los mismos vecinos celebrantes en oprobioso tirano. Curiosidades de las festividades. Al parecer lo importante era la diversión en sí más que el motivo que la ocasionaba. Por último Gutiérrez se ocupa de un torneo carnavalesco en Asunción, en que en la representación combatirían estamentos sociales y étnicos diferenciados del Paraguay. El gobernador preocupado porque en la ficticia contienda pudieran resultar vencedores los guaraníes, transgrediendo de esta forma el orden social, autorizó la representación pero reemplazando a los españoles por moros y gitanos. Así, de alguna manera, quedaban todos contentos.

Isabel Cruz de Amenábar, "Diosas atribuladas: alegorías cívicas, caricaturas y política en Chile durante el siglo XIX"

La festividad es una temática que ha abordado con renombrado éxito Isabel Cruz. Muestra de ello es su libro *La Fiesta: Metamorfosis de lo cotidiano*. Esta vez lo festivo se viste de alegorías cívicas femeninas a través de la caricatura. La alegoría femenina se hace presente desde los inicios de la vida independiente. El género masculino de Chile -escribe la autora- se trocó en femenino: la Patria como simbología de comprensión y de identificación popular, reforzada por la imagen de la Virgen del Carmen, proclamada Patrona del Ejército Libertador en los comienzos de 1817. Pasados los mediados del siglo se impone otra alegoría femenina: la República, imbuida del credo liberal. Dado el europeísmo imperante se adopta el modelo francés, pero a diferencia de ese modelo de personificación femenina de la República, simbolizado en una imagen con nombre determinado, el de Marianne, en Chile la alegoría republicana no tuvo nombre específico de mujer. Ello en el concepto de Isabel Cruz fue un desacierto de los caricaturistas chilenos, que restó perduración y arraigo a esa alegoría. Con todo las representaciones de la República en los periódicos caricaturescos fueron las primeras realizadas en el país, ya que ni la pintura, la escultura u otras manifestaciones de la plástica, incluyeron esta iconografía antes de 1870. Además la caricatura, con más fuerza que otras representaciones, contribuyó a crear un saber de dominio popular. Una idea de la incorporación a este saber la dan algunos datos sobre tiradas de periódicos satíricos. *El Aji*, por ejemplo, tenía en 1889 un número de 3.000 ejemplares en su edición semanal; el periódico titulado *Los Lunes* alcanzó un tiraje de 10.000 ejemplares en 1897. El bajo costo de este tipo de prensa debió haber influido en su difusión: en la última década del siglo pasado

su valor fluctuaba entre dos y diez centavos el ejemplar. De modo que es posible pensar que la prensa satírica incidió en la familiarización de sectores populares con los asuntos cívico-políticos, antes de la plena incorporación de estos sectores a la vida política.

No es del caso referirse a las caricaturas seleccionadas por la autora para ilustrar su trabajo. Todas ellas son significativas de circunstancias políticas o económicas que vivió el país en la centuria pasada. Muchas veces el símbolo femenino se yergue enhiesto por sobre las pasiones de los actores políticos; en otra ocasión aparece aserruchando con decisión el palo ensebado que lleva al poder y por el que muchos ansían encaramarse; pensativa y disgustada se la ve cuando es disputada; en fin, debe observar apesadumbrada las escaramuzas de la cotidianidad política.

En suma una contribución importante, tanto en el ámbito de la historia del arte, de la historia política y en la de las mentalidades. El trabajo es rubricado con interrogantes que hacen advertir un campo propicio para la reflexión y para la investigación. Cito una de ellas: "¿cuál es el motivo para que un siglo pretendidamente masculino como se ha pintado al XIX, que según ciertas opiniones recluye a la mujer al ámbito de la vida privada, la transforme, sin embargo, en la encarnación de las más altas virtudes políticas?".

Matías Tagle Domínguez, "La separación de la Iglesia y el Estado en Chile. Historiografía y debate"

Con Matías Tagle nos insertamos de lleno en la Historia Política. La primera parte de su trabajo está dedicada a las negociaciones de 1925 en torno a la separación de la Iglesia y el Estado, para enseguida ocuparse del tema central que le interesa y que es una omisión historiográfica: la discusión ideológica que tuvo lugar en el Congreso Nacional, sobre un proyecto de separación de estas instituciones fundamentales, presentado en el transcurso del año 1884, es decir cuarenta años antes de que se sancionara constitucionalmente

La constatación de tal omisión la hace Tagle luego de una exhaustiva revisión bibliográfica, que incluye la producción historiográfica de Alberto Edwards en los comienzos de este siglo, hasta la de Gonzalo Vial en nuestros días. Constatada la omisión, analiza el proyecto que fuera presentado por el diputado liberal Juan Eduardo Mackenna y que constaba de un artículo único, en el que se suprimían artículos e incisos de la constitución que establecían el vínculo. Sin embargo desde el propio gobierno surgieron discrepancias, por lo cual la misma autoridad gubernativa presentó otro proyecto, que por una parte establecía el libre ejercicio de todos los cultos que no fuesen opuestos a la moral y a las buenas costumbres; y por la otra mantenía el patronato. "El fundamento no expresado del proyecto del gobierno -afirma el autor- era suponer que la Iglesia no sujeta al patronato civil, podía convertirse en un poderoso bastión de oposición o de presión ante el aparato del Estado". El asunto dio origen a una riquísima controversia, en que se expusieron con elocuencia argumentaciones ideológicas y pragmáticas, en que se defendieron con ardor las posiciones y en que no se excluyó la ironía como esgrima en el debate. Ilustra el recurso a la ironía la intervención del diputado Benjamín Lavín Matta, partidario de la separación. "No hay que atemorizarse -expresó- por el resultado a que pretendo arribar; pues, siendo divina la Iglesia Católica, ella subsistirá por su propia divinidad, sin necesidad de rentas, privilegios y leyes oficiales; y si no es o ha dejado de ser divina, debemos felicitarnos de que concluyan su influencia y su prestigio, que no tendrían entonces fundamento plausible para existir". Las intervenciones parlamentarias recogidas por Tagle revelan la habilidad oratoria de los

políticos de entonces, el discurso persuasivo y convincente, que parece haber perdido vigencia en nuestros días.

No obstante haberse aprobado la reforma propuesta, ella en definitiva no fue ratificada, quedando por tanto sin efecto. En todo caso el artículo de Tagle salva la omisión que él ha constatado y contribuye a conformar una visión más completa de un problema crucial de la historia política del país.

Rafael Sagredo, "Chile: 1823-1831. El desafío de la administración y organización de la hacienda pública"

Sagredo es uno de los investigadores que ha estudiado con mayor dedicación el tema de las políticas económicas. Tema que cobra actualidad, porque las políticas y decisiones económicas están hoy día permanentemente en el debate público. Es una noción convencional que los inicios de la organización de la hacienda pública en Chile, se debieron a la obra realizada por Manuel Rengifo; el propio ministro lo estimó así. Sin embargo el autor -contrarrestando tal convención- rescata la labor hacendística desarrollada con anterioridad, en años difíciles por la crisis económica provocada por la Independencia. A pesar de tales dificultades afirma Sagredo que se hicieron "interesantes esfuerzos por organizar la vida económica del país y consolidar el crédito público, planteándose ideas y conceptos que si bien entonces no se materializaron, en años posteriores hicieron posible la organización definitiva de la hacienda pública". Destaca especialmente la gestión pragmática y proteccionista de Diego José Benavente, quien reconoció como necesidades urgentes suplir la insuficiencia de las rentas percibidas por el fisco y pagar la deuda pública para restablecer el crédito del Estado. Problemas que como sabemos figurarían después prioritariamente en la agenda de Rengifo. Entre las propuestas de Benavente estuvieron la creación de una contribución directa y la enajenación de fundos municipales, de algunos de manos muertas y los de propiedad fiscal, que en el concepto del ministro nada rendían. Una privatización de bienes fiscales, como diríamos en el lenguaje económico actual. Propuso asimismo la circulación de moneda de cobre y medidas tendientes a introducir ahorros en los gastos del Estado. En esos años de convulsiones políticas no pudieron ponerse en práctica muchas de las propuestas de Benavente, pero después se concretarían en la gestión ministerial de Rengifo. Es decir éste no partió de cero. Pudo sí Benavente, restablecer el estanco del tabaco, para incrementar las arcas fiscales, y poner en ejecución un proyecto de Protección a la Industria Nacional que contemplaba la exención de impuestos a los extranjeros que establecieran fábricas de cáñamo, lino y de otros productos.

El trabajo de Sagredo analiza en profundidad y valoriza las iniciativas económicas de Benavente y de otros ministros. Los años de inestabilidad política no fueron estériles en materia de organización económica. Por el contrario fueron fecundos en ideas y proyectos. La discusión que generaron formó parte del debate entre liberales y conservadores, faceta de esta disputa a la que la historiografía -centrada fundamentalmente en los aspectos políticos- no ha concedido suficiente atención. En síntesis, el artículo constituye una interesante contribución clarificadora de los orígenes de la organización de la hacienda pública en Chile.

Ronald D. Crozier, "El salitre hasta la Guerra del Pacífico: una revisión"

En este artículo -como su nombre lo indica- el autor realiza una revisión y una complementación del estudio de Oscar Bermúdez, el gran historiador del salitre. Con este propósito ha hecho una indagación en los archivos de la firma Antony Gibbs & Sons, de la que extrae una documentada visión del desarrollo tecnológico de la industria salitrera, a través de los informes confidenciales de los gerentes técnicos y comerciales. Aporta detalladas descripciones de establecimientos salitreros y de la evolución de los procedimientos técnicos implementados en la búsqueda de una mayor productividad. Numerosos cuadros estadísticos sobre montos de producción, volúmenes de exportaciones, gastos de operación y contabilidades, verifican el desarrollo operado en el salitre. Pero el trabajo de Crozier no se limita a informarnos sobre el adelanto técnico y a la presentación de rigurosas estadísticas. Se advierte también cómo se fue requiriendo de mayores capitales y el interés de los capitalistas, como la propia casa Gibbs y Agustín Edwards, por invertir en la industria salitrera. Analiza además la decisión del gobierno peruano de establecer el estanco del salitre y su estatización, a base de dos informes, uno de Henry Reed, gerente de operaciones de la Gibbs en Iquique y el otro del economista chileno Miguel Cruchaga Montt. Las medidas adoptadas por el gobierno peruano no consiguieron el propósito proyectado: aumentar los ingresos de sus alicaídas arcas, debido en parte a la baja del precio del salitre, a la que contribuyó la fuerte crisis agrícola sufrida en Inglaterra, agregándose a ello la competencia del salitre boliviano. Hacia 1878 la crisis económica se había generalizado en el Perú. Se estaba ya a las puertas de la Guerra del Pacífico, conflicto que excede el límite cronológico que considera el autor.

Julio Pinto Vallejos, "¿Cuestión social o cuestión política? La lenta politización de la sociedad popular tarapaqueña hacia el fin de siglo (1889-1900)"

Julio Pinto desde hace varios años desarrolla una sólida línea de investigación centrada en la problemática social del mundo minero en el Norte. Hurgando constantemente en las colecciones documentales del Archivo Nacional, en archivos de la región nortina, en los periódicos de la zona, encuentra siempre -como el minero afortunado- ricos veneros que producen luego excelentes estudios. Esta vez analiza los inicios de la politización -o participación en la actividad política- de los sectores populares en Tarapacá en la última década del siglo pasado. Dada la intensidad que las luchas reivindicativas tuvieron en el norte, cuya mayor expresión fueron los movimientos huelguísticos de 1890, que fueron iniciados en Iquique por el gremio de lancheros, es posible postular que debió haber existido una concordancia entre los movimientos y organizaciones de carácter reivindicativo con posiciones políticas de tipo popular.

Por entonces ya se había formado el Partido Democrático, en 1887, que si bien como acotara Ramírez Necochea, no fue un partido de clase obrera propiamente tal, tuvo gran raigambre en sectores populares, que lo hizo -incuestionablemente dice Ramírez- el primer partido de masas que hubo en Chile. ¿Se sintieron los trabajadores pampinos interpretados por el partido que liderara Malaquías Concha?. El subtítulo que emplea Pinto para abordar este problema es sugerente: "La fantasmal politización 'endógena' ". Un primer intento de fundar en Iquique el Partido Democrático en 1889 fracasó y al quedar establecido poco después, los artesanos que participaron en él formaron un grupo minoritario. El Partido

Democrático en Iquique se interesó más que en la solución política de los problemas sociales, en temas de corte estrictamente político, como era, por ejemplo, la práctica del fraude electoral; y se llegó a expulsar de sus filas a elementos más radicalizados. Los democráticos tuvieron una actuación apagada en el norte salitrero; carecieron de prensa y su desempeño electoral fue modesto, no logrando captar a un número importante del creciente universo de votantes. En suma, un partido débil, que contrastaba con la mayor adhesión que despertaban las instituciones de la sociabilidad obrera.

Expresiones políticas más incipientes como el socialismo o el anarquismo tampoco captaron entre los pampinos adherentes que engrosaran sus filas. Se dan casos curiosos como el del anarquista español Manuel Chinchilla, que radicado en Tarapacá terminó como copropietario de uno de los dos almacenes de abarrotes más grandes de Iquique. Por lo demás en el trabajo de Sanhueza Tohá que se publica en la misma revista y que se refiere a una época posterior, se señala que las organizaciones anarquistas fueron casi inexistentes en el norte. En síntesis en la década que estudia Pinto la politización endógena del elemento popular no conseguía despegar.

En cambio, siguiendo la subtitulación del autor, hubo una sorprendente politización "desde arriba" que se enmarca en un nuevo contexto electoral, superada la etapa del sufragio censitario y de la intervención presidencial. El potencial electoral de las provincias del norte fue apreciado por los partidos políticos tradicionales. El Partido Radical y sobre todo el partido Liberal Democrático, hábilmente introdujeron en sus discursos denuncias contra la especulación extranjera, contra la injusta suerte del trabajador y planteamientos antioligárquicos; un discurso, destaca Pinto, fuertemente "democrático-obrerista". Así la cuestión social fue derivando en cuestión de interés e intereses políticos, que por cierto los sectores de mayor experiencia política estaban en mejores condiciones de aprovechar.

Pero no todo fue perdido para el endogenismo político popular. Su adhesión a posiciones sistémicas influyó en un reconocimiento oficial más claro sobre sus demandas de justicia y en su consideración "como un componente esencial de la sociedad". A la vez esas primeras experiencias de participación, habrían permitido -dice el autor en términos de hipótesis conclusiva- familiarizar a los sectores populares con la práctica política, que los hizo más tarde actores fundamentales en la vida política del país.

Jaime Sanhueza Tohá, "La Confederación General de Trabajadores y el anarquismo chileno de los años 30"

Sanhueza estudia el anarquismo chileno en su etapa de decadencia, en que el movimiento libertario, como también se le denominó, se nucleó en torno a la Confederación General de Trabajadores, organización ácrata fundada en 1931, cuya estructura interna, junto a su presencia gremial y regional, son analizadas por el autor, incluyendo en su análisis a otras organizaciones anarquistas. Entre los agremiados ligados a la Confederación destacaron los trabajadores de la construcción, siendo la Unión en Resistencia de Estucadores el sindicato ácrata más importante. Además figuraron los carpinteros, pintores y electricistas y, en otro rubro, la Federación de Obreros de Imprenta (FOIC). En cuanto a la distribución regional, su presencia fue débil en el norte; se concentró preferentemente en Santiago y tuvo también relevancia en Valparaíso, Talca y Concepción. Más al sur la actividad anarcosindicalista fue relevante en Temuco, Valdivia y particularmente en Osorno, donde incluso el anarquismo parece haber hecho algunos progresos aún en la etapa de su ocaso.

Pero sobre todo, interesa resaltar los factores que influyeron en la decadencia de un movimiento social que había alcanzado significación en años anteriores. La represión del gobierno de Ibáñez contribuyó sin duda a esa decadencia. Pero, por otra parte, destaca el autor que en la década del 30 surgía un movimiento sindical predominantemente legal, en torno a la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH), "con una creciente tendencia a desarrollar su accionar -dice textualmente- dentro de un marco institucional y dominado por socialistas y comunistas, en el cual los anarquistas pasaron a ocupar un lugar cada vez más marginal". Cada vez se alejaron más de los gobiernos reformistas, insatisfechos porque no respondían a sus demandas de cambios revolucionarios, como ocurrió con la República Socialista de Grove y más tarde con el Frente Popular, cuyo impulso reformista influyó en la reducción del ámbito de acción del anarquismo. Además los anarcosindicalistas carecieron de un programa claro que ofrecer al país, debido en parte, en el juicio de Sanhueza Tohá, a un problema de insolvencia teórica. Se relaciona también el declive con el proceso de modernización económica, considerando que históricamente el anarquismo surgió preferentemente en sociedades de rasgos tradicionales con predominio del trabajo artesanal y escaso desarrollo de la industria.

¿Qué significancia tuvo entonces un movimiento social que no perduró? Para el autor su importancia no debe establecerse en función de la construcción de algo perdurable. Su relevancia debe buscarse en su carácter de síntoma de una época histórica en la que fluyen sentimientos de rebeldía y de crítica contra el orden establecido, sentimientos que el anarquismo expresó en forma rotunda. Desde esta perspectiva su estudio permite comprender mejor una época signada por las tensiones. Si bien el anarquismo no fue duradero, su accionar contribuyó a que los gobernantes se preocuparan de concretar reformas, fue el caso de la legislación social.

Nutrió además a la izquierda chilena -principalmente al Partido Socialista- con adherentes que habían pertenecido a sus filas y aportó a la conformación de una "conciencia de clase" en el sector obrero.

Enzo Abbagliati, "Desencuentros en la encrucijada. Perspectivas sobre las relaciones económicas entre Chile y Estados Unidos: 1958-1961"

Estimo que el trabajo de Abbagliati demuestra el valor historiográfico de los estudios de coyuntura, entendiendo el concepto en su acepción de momento histórico en que se dan situaciones propicias para el cambio. Utilizando la expresión que el autor inserta en el título, se trata de una encrucijada en las relaciones chileno-estadounidenses enmarcadas en los años 1958-1961. Metodológicamente en esta coyuntura confluyen tres niveles; dos internos: la inclusión de las relaciones exteriores en el enfrentamiento político de los partidos y la política económica de la administración Alessandri con la apertura al comercio exterior y el fomento a las inversiones foráneas; y un nivel externo referido a la reformulación de la política latinoamericana por el presidente Eisenhower, acentuada por la administración Kennedy, acicateada a su vez por el triunfo de la Revolución Cubana.

En cuanto a la gestión Alessandri, destaca la voluntad de defensa de la independencia no sólo política del país, sino también económica expresada en "abordar las potenciales relaciones diplomáticas con el bloque soviético desde posiciones pragmáticas guiadas por el interés nacional" como señala el autor; a cuyo efecto se adoptaron algunas iniciativas concretas. Pero ello no implicaba que se dejaran de lado los propósitos y proyectos

de vinculación económica latinoamericana, tan en boga en aquellos años del desarrollismo. Como tampoco que no se coincidiera con algunos planteamientos de la nueva política latinoamericana de Eisenhower, llamada la del "buen socio", en aspectos tales como el fomento a los principios del libre comercio y a la inversión estadounidense en el continente; en otros aspectos la coincidencia era menor o más distante, como fue el rígido anticomunismo de la política norteamericana, que no distinguía en este afán a los gobiernos dictatoriales de los democráticos. Hay circunstancias, a veces fortuitas, en los procesos históricos, que adquieren trascendencia. En este sentido Abbagliati atribuye importancia al desafortunado viaje del vicepresidente Nixon a Latinoamérica, en especial a los tumultuosos repudios que tuvo que sentir en Lima y en Caracas. Ello influyó en el cambio de giro en los asuntos latinoamericanos por parte del gobierno de Eisenhower, distanciándose de los dictadores y acercándose más a los gobiernos democráticos. No por razones de principios ideológicos, sino como una opción más eficaz para detener el avance del comunismo, que se sentía más amenazador por los sucesos cubanos. Esa opción fue seguida y profundizada por el gobierno de Kennedy que llevó a cabo la estrategia de la Alianza para el Progreso, que demandaba reformas más drásticas para afianzar la vigencia de la democracia frente a la amenaza roja. El problema, en el análisis del autor, se centra en la distinta receptividad que los sectores de opinión chilenos dieron a las nuevas propuestas emanadas de Estados Unidos. Para algunos constituían una nueva posibilidad para encauzarse en el desarrollo económico. Para la derecha tradicional era una perspectiva errónea y una intervención indebida, al tener como uno de sus planteamientos fundamentales, la necesidad de abocarse a la reforma agraria. Para la izquierda eran sólo una maniobra más del imperialismo para frenar a la verdadera revolución latinoamericana. Y esto ya es historia reciente, la historia nuestra que de alguna manera todos hemos construido. Desde esta perspectiva el artículo muestra la pertinencia del análisis histórico para investigar el pasado más próximo, posiblemente con más propiedad que otras disciplinas sociales por la familiaridad con el tratamiento de las fuentes.

Por último el autor se refiere a la política cuprífera. El análisis es detallado y excede a los propósitos de una breve presentación. Al respecto bastará con señalar que en esos años cruciales de 1958 a 1961, Radomiro Tomic planteó las bases de la chilenización del mineral y que Allende esbozó las ideas en torno a la nacionalización de la industria cuprífera. El proceso posterior es paradigmático de lo que decíamos al comenzar el comentario de este artículo: la importancia del análisis coyuntural para explicar el curso histórico global.